



Jaume Claret

GANAR  
la GUERRA

PERDER  
la PAZ

Memorias  
del general  
Latorre Roca

Prólogo de  
Ángel Viñas

A lo largo de toda su vida, el general Rafael Latorre Roca anotó en su dietario sus reflexiones sobre cuanto acontecía en España. Estos diarios personales y profesionales fueron derivando hacia un relato crítico y descarnado de la sociedad, la política y la economía españolas: nos muestra un Ejército molesto con su Caudillo, una Administración corrupta e ineficaz, una población exhausta y desencantada y una dictadura débil e inestable. Latorre no se ajusta al clásico estereotipo del militar franquista. Destacado miembro del arma de Artillería, sus múltiples viajes, tanto por España como por Europa, le otorgaron un amplio conocimiento de la sociedad de su tiempo y le convirtieron en un ávido lector.

## Índice de contenido

Cubierta

Ganar la guerra, perder la paz

Prólogo

Palabras iniciales

Historia en primera persona

Un testimonio valioso

Antecedentes

Rafael Latorre Roca

La dictadura de Miguel Primo de Rivera

La Segunda República española

La guerra civil española

La campaña del Norte

De Pamplona a Santoña

El Gobierno Militar de Asturias

El Cuerpo de Ejército de Albarracín

La posguerra española

La segunda guerra mundial

La consolidación del franquismo

Palabras finales

Notas

# La guerra civil española

## LA CAMPAÑA DEL NORTE

La crónica de Latorre sobre la guerra civil española se organiza en tres apartados, correspondientes a sus tres principales destinos a lo largo de la contienda. En primer lugar, la campaña que desde Pamplona lo lleva a través del País Vasco. Se trata de ocho cuadernos mecanografiados y numerados, titulados *Mi actitud ante la guerra civil*. Únicamente el primero se ha transcrito casi por completo, pues resulta el de mayor interés y permite, además, hacerse una idea cabal sobre el conjunto. Este se inicia con un posicionamiento político expreso e incluye una crónica de los momentos iniciales del levantamiento en tierras de Aragón, Navarra, País Vasco y Cantabria, con las primeras desavenencias y contradicciones en el seno de los sublevados. Del resto de cuadernos se han escogido los fragmentos más relevantes por su singularidad, mientras que se han descartado aquellos centrados en unas operaciones militares ya ampliamente conocidas gracias a la bibliografía existente. El relato se ha complementado con los exhaustivos *Diario Operaciones Campaña Norte* (*Columna Latorre*, tres cuadernos, y *Tercera Brigada de Navarra*, tres cuadernos) y su *Hoja de servicios*.

En segundo lugar, se hallan los seis cuadernos centrados en su paso por el Gobierno Militar de Asturias entre octubre de 1937 y diciembre de 1938. A diferencia del episodio anterior, el relato bélico —a excepción de la represión del maquis— pasa a un segundo término y, sobre todo, encontramos reflexiones relativas a la concreción del Nuevo Estado, así como esbozos sobre personajes y situaciones que, a juicio de Latorre, representaban un mal presagio sobre la futura paz.

Y, en tercer lugar, hallamos las aportaciones realizadas desde Teruel como jefe del Cuerpo de Ejército de Albarra-cín y posterior gobernador militar de febrero a septiembre de 1939, limitadas a un único cuaderno y de carácter menos sistemático. De hecho, todo lleva a imaginar que en esos momentos se hallaba preparando ya las grandes reflexiones acerca de la situación internacional, el Ejército, la paz, Falange o el futuro de España que, tras el final de la guerra civil, centrarían sus trabajos.

Aunque algunos de los cuadernos están fechados a mediados de los años cuarenta, todos ellos parten de notas tomadas sobre la marcha. Así, en algunos casos, los apuntes no conocieron versiones posteriores, mientras que en el resto se limitaba a incorporar comentarios referentes a la evolución de ciertos hechos que venían a reforzar sus tesis originales.

### *De Pamplona a Santoña<sup>[1]</sup>*

Al iniciarse el levantamiento militar, el hasta entonces retirado teniente coronel se presentó «a la Comandancia Militar de Pamplona ofreciéndose incondicionalmente». En línea con la ortodoxia de los sublevados, Latorre consideraba que la asonada habría sido forzada por la excesiva moderación de la represión tras los sucesos de octubre de 1934 y la supuesta escalada de la violencia republicana luego de la

victoria de las izquierdas en febrero de 1936. Aunque la petición formal de reincorporación «con urgencia a la escala activa», «por su extraordinario comportamiento en operaciones de campaña», no se concretó hasta el 24 de abril de 1937<sup>[2]</sup>; el 20 de julio ya recibía órdenes del coronel José Solchaga, comandante militar de la capital navarra, «para que en unión de un capitán y un teniente de Artillería y una escolta de 14 guardias civiles, reconociese el Canal de Berdún hasta Jaca e informase a su vez de la cantidad y calidad del material artillero existente en dicha Plaza».

Tras la expedición al Pirineo aragonés, Latorre encabezó una columna que, desde Pamplona, avanzó por los valles cercanos a la frontera francesa hasta tomar la guipuzcoana Tolosa, combatiendo una presunta fiebre comunista que atemorizaba aquellas comarcas. Su relato resulta a la vez interesante e interesante.

Interesado, pues insiste en diferenciar el supuestamente desprendido y sano patriotismo de sus tropas respecto del cálculo interesado de los militares africanistas, quienes, tras un supuesto juramento en el rifeño Llano Amarillo el 12 de julio de 1936, en realidad se moverían por intereses personales. También se distancia de los excesos y abusos cometidos por el resto de tropas sublevadas. A pesar de acentuar el valor, el honor y la religiosidad de sus hombres, no puede silenciar episodios de represión como los vividos en Alsasua. El párroco de entonces, Marino Ayerra Redín, relataba escandalizado cómo la violencia causó que 308 hombres, de un pueblo de algo más de tres mil vecinos, huyeran la noche anterior<sup>[3]</sup>. Tanto exceso provocó la publicación, por parte del jurista Pedro Uranga Esnaola, del artículo «Basta ya de sangre», el 8 de agosto de 1936, en el *Diario de Navarra*. Un exhorto que era respondido de forma contundente por Francisco López Sanz con un «Que se calle ese santón».

Con la misma voluntad de contraste y, seguramente, de recuperación del sesgo ideológico buscado, Latorre porfía

de forma continua y maniquea sobre la ausencia de apoyos extranjeros, la prevención y castigo de los abusos cometidos bajo su mando, el alivio entusiasta de las poblaciones ocupadas —incluida la supuesta colaboración de un comunista arrepentido— y la precariedad de los medios militares disponibles. En cambio, frente a ellos se hallarían unas tropas republicanas presuntamente tan bien armadas como malvadas, desorientadas y sanguinarias.

Interesante por las descripciones y caracterizaciones que se incluyen en el relato. Así, en estas primeras páginas aparecen personajes como el jurista Manuel de Aranzadi, a quien se describe como un separatista converso, o, entre otros, el capitán Carlos Ruiz García, posteriormente gobernador civil de Madrid —según el historiador Josep Clarà el más longevo gobernador civil del franquismo—, a quien un informe de los servicios secretos británicos fechado en 1943 calificaba de «inculto y de poca inteligencia. Debe su situación a Serrano Súñer. [...] Se dice que mantiene una relación amorosa con Concepción Liaño, igualmente nativa de Santander, y que por esa razón la ha llevado a Madrid para ser Delegada de la Sección Femenina de la Falange. Es un apasionado germanófilo»<sup>[4]</sup>.

El vil, cobarde y repugnante asesinato de [José] Calvo Sotelo y el mismo 18 de julio no hicieron otra cosa que materializar víctimas generalizando y dar estado oficial al descontento, mediante una ingente explosión popular, a la lucha citada, explosión, que quienes no la vivieron no pueden comprenderla. A mí me sorprendió en Pamplona<sup>[5]</sup> y en unión de mis dos únicos hijos sin previo acuerdo nos lanzamos al campo en defensa de los sacrosantos intereses de la PATRIA. Estábamos de lleno en el caso, casi único que yo preconizaba —ferviente defensor de la supremacía del poder civil—, de intervención del elemento armado en mi obra, escrita durante la dictadura de Primo de Rivera, *Ejército*. Y no hay que insistir sobre la extrema gravedad de aquellos momentos porque están en la mente de todos. El «Delenda est Monarchia», de Ortega Gasset, hubo de trasplantarlo a la república. ¿Que el 18 de ju-

lio no fue todo trigo limpio e intervinieron también intereses bastardos? Evidente de toda evidencia. Porque aquí conviene advertir, que una de las mejores medidas tomadas por Azaña fue la reducción del ejército y la forma en que lo hizo, y no la «trituration» como con maledicencia intencionada se quiso hacer figurar por los perjudicados (¡qué diríamos, entonces, ante el momento actual en que se gastan en ejército miles de millones para que su eficiencia efectiva y real sea muchísimo menor que en aquella época!), porque todos los jefes jóvenes procedentes de las campañas africanas —donde tanto y tan mal se usó y abusó de los ascensos— soñaban, *in menti*, con escalar los más altos puestos militares, «llevaban en la mochila el bastón de general» [sic], pero Napoleón, quiso aludir con la frase anterior al soldado raso, nunca al jefe, porque lo último no hubiese tenido importancia.

De modo, que, como en todos estos grandes movimientos populares, intervinieron, como materia prima, los sentimientos patrióticos y religiosos y recriados y apoyados en ellos ciertos egoísmos y resentimientos, porque no en balde se habían truncado carreras por anulación de ascensos por méritos de guerra o disminución en la antigüedad de los mismos (luego se olvidó pronto el compromiso adquirido en el Llano Amarillo de Marruecos de no aceptar ascenso ni recompensa alguna durante la guerra civil, que no se cumplió en ninguna de sus partes pero la letra está aceptada y en circulación para ponerla al cobro en su día, que no lo olvide nadie) pero eso bullía en el fondo, porque, afortunadamente, en la superficie, en ese corazón, rincón y asiento de todas las pasiones, y cuyas razones la inteligencia no comprende, el entusiasmo era desbordante y arrollador. Y al grano. Pero antes queremos hacer constar, como ya lo he hecho en otra parte, que [el general Francisco] Franco, que se encontraba en Canarias hubo que apremiarlo, ante sus titubeos desde Algeciras durante los días 17, 18 y 19 de julio, de esto sabe mucho el general [Alfredo] Kindelán que fue quien me lo refirió y que se encontraba en dicha Plaza preparando y esperando el momento, y aún hubo que mandar a Canarias a un conocido médico militar de Sta. Cruz de Tenerife, enlace de Franco allí, un telegrama, en que una vez descifrado se podía leer poco más o menos lo siguiente: «tendrá lugar, sin V., con V., o contra V.»<sup>[6]</sup>. Y la duda tenía su fundamento, toda vez que el año 34 con tantos o mayores motivos que ahora, se quedó cómodamente quieto en el cargo que ocupaba de jefe del Estado Mayor

Central del Ejército, teniendo como ministro a [José María] Gil Robles, a quien en 1936 tan sañuda e injustamente persiguió hasta el punto de tener que huir al extranjero para salvar la vida. La opinión pública sí que pedía acción inmediata en 1934 ante los desmanes separatistas y anárquicos de las multitudes sin freno, y las cataplasmas de entonces trajeron como consecuencia la tragedia de 1936, porque tragedia y grande es una guerra civil, aunque se conceptúe necesaria. Franco, Lerroux y Gil Robles tienen la palabra, y ya a este respecto entre Gil Robles, ya en la emigración, y Franco se cruzaron cartas muy duras de las que el último no resultaba bien parado.

La guerra, la incruenta guerra civil había pasado del terreno especulativo del potencial, al práctico a la acción, pero bien entendido: la guerra con sus leyes y códigos y la tradicional hidalguía española.

En mi calidad de teniente coronel de Artillería retirado se me confirió por el Gobierno Militar de Pamplona la misión de restablecer las comunicaciones por carretera con Jaca el 21 de julio (y empecé por no llevar conmigo a mis dos hijos, uno, inútil en dos reconocimientos sufridos en años anteriores a la guerra y el otro con sólo 16 años) interrumpidas desde mucho tiempo antes del 18 de julio porque los asaltos, atracos a los autobuses, asesinatos y exacciones a metálico que se imponían por doquier por los extremistas que campaban por sus respetos en campos, carreteras y poblados así lo disponían e imponían.

Ya en esta primera salida al frente de dos capitanes y un teniente de Artillería y catorce guardias civiles hube de llamar la atención de uno de los capitanes, Ruiz Ojeda, por amenazar con su pistola a cuantas personas se cruzaban con nuestros coches o a pacíficos labriegos afanados en sus labores agrícolas, por no contestar al grito de ¡viva España! que la mayoría de aquéllos por la distancia y el ruido de los motores no podían oír.

Al pasar por Tiermas un general de Caballería retirado, creo se llamaba Torres, que se encontraba haciendo su cura de aguas termales, ya nos anunció debíamos tomar el máximo de precauciones hasta Jaca. Sin embargo, nuestro paso por la «Venta de Carrica», Berdún, Puente de la Reina y Santa Cilia se acogió con curiosidad o sorpresa, pero en ningún momento con hostilidad.

A nuestra llegada a Jaca nos encontramos con la población y autoridades incluso las militares, no recuerdo el nombre del coro-

nel gobernador militar en aquél entonces, grandemente preocupados y deprimidos ya que aquella mañana o la anterior al salir una compañía a declarar el estado de guerra había sido recibida con nutrido fuego por elementos atrincherados en los hotelitos de entrada a la ciudad por la carretera de Zaragoza, causándoles numerosas víctimas entre ellas toda la oficialidad. Tampoco tenían seguridad las autoridades militares sobre la definitiva actitud de las fuerzas de carabineros.

Después de procurar tranquilizar y dar ánimos, sobre todo a las autoridades, me trasladé al Parque de Artillería para ver de qué material de artillería de Campaña, pesado o ligero, podríamos disponer. Yo había estado allí de guarnición desde el año 20 al 25 y había dejado varias baterías al completo de material y municiones y en perfecto estado de servicio. Ello, no obstante, como si hubiese pasado por allí un terremoto, no encontré nada utilizable, y no porque se hubiese inutilizado en aquellos días de revuelta, no; era sencillamente, que un abandono completo durante once años había dado lugar a que cada cual de dentro y de fuera de la Región Militar dispusiese a su antojo de cuanto creía utilizable, pero en forma aislada, terminando por destrozar y dejar incompletas todas las baterías.

Todo mi empeño era ganar Navarra a plena luz solar para evitar las emboscadas o reprimirlas con mayor facilidad si se presentaban. Y, efectivamente, en el término de Asso-Veral, próximo a los límites entre las provincias de Zaragoza y Huesca en una trinchera en curva, se vio brillar desde mi coche que iba en cabeza la carretera en bastante extensión. Ordené hacer alto a los coches, salir la gente y ocupar rápidamente y desplegados el terreno a los flancos de la trinchera para evitar sorpresas. Lo que en la carretera brillaban era cascotes de botellas rotas de *champagne* y sidra. Luego supimos que el espionaje funcionó desde Jaca por mediación de un médico dentista que avisó a Sigüés —primer pueblo del valle del Roncal en la parte correspondiente a Aragón— que pensábamos regresar en el mismo día, y los de dicho pueblo al amparo de la oscuridad nocturna pensaban agredirnos impunemente desde un viñedo (todo este detalle lo supimos con posterioridad en el mismo Sigüés al día siguiente) al tener necesidad de parar nuestros coches. En honor a la verdad hay que hacer constar que entre los que prepararon el atentado (romper las botellas y cubrir con los cascotes la carretera) hubo unanimidad en su preparación,

mas no en su ejecución, toda vez, que quienes debían quedar apostados para hacer fuego lo pensaron mejor ante las consecuencias y se volvieron al pueblo.

Este episodio dio lugar a que se efectuase un reconocimiento por aquellos montes, llegando hasta las proximidades del pueblo de Asso-Veral sin encontrar alma viviente, excepto un cazador armado con su escopeta al que se le sometió a un interrogatorio soltándosele después de habernos acompañado un trayecto de nuestro recorrido, desde luego, sin haberle originado la menor molestia.

El capitán, Ruiz de Ojeda, seguía con su exaltación amenazando con la pistola —e incluso llegó a efectuar algún disparo— hasta que llegó un momento en que hube de decirle: «en este coche sobramos uno de los dos y como yo no quiero apearme lo hará Vd.». Hubo, por tanto, de pasarse a otro coche de la escolta con la prohibición absoluta de disparar su pistola con la advertencia de sanciones.

Sin novedad, y ya anochecido, llegamos a Tiermas donde reparamos fuerzas, y donde se nos advirtió que a la salida del pueblo pensaban hacernos objeto de una agresión desde las alturas que dominan la carretera por su derecha.

Conviene advertir que a nuestro paso por el cuartel de la Guardia Civil del citado pueblo en aquella mañana hubo ya sus más y sus menos con el comandante jefe del Puesto que por no haber recibido consigna alguna de sus jefes directos e inmediatos permanecía en actitud expectante. Hubo quien quiso emplear procedimientos de extrema violencia —desde luego el capitán Ruiz Ojeda— llegando a sujetar al cabo del Puesto a lo que me opuse con toda energía y terminando así el incidente.

Hecha esta advertencia, y ante las noticias recibidas llamé al citado cabo a quien hice presente las amenazas denunciadas y ordenándole que con todas las fuerzas del Puesto protegiese nuestro paso por la carretera desde las alturas. Así lo efectuó, regresando todos a Pamplona sin la menor novedad.

VALLE DEL RONCAL<sup>[7]</sup>. Después de dar las novedades en el Gobierno Militar se me ordenó por el coronel, don José Solchaga Zala, que ocupaba el cargo, que al siguiente día y a primera hora debía salir al mando de una pequeña columna, unos cien reque-

tés, para efectuar un reconocimiento por el valle del Roncal que hacia Sigüés, Roncal e Isaba andaba algo revuelto.

A primera hora de la mañana tomamos rumbo al citado valle, cuyo primer pueblo, Sigüés, desde febrero de aquel año vivía en pleno régimen comunista. Al aproximarnos al mismo recibimos los primeros disparos de gente que huía, pero ya los nuestros habían abandonado los camiones con bastante anterioridad y desplegado en amplio frente sobre el terreno de huerta que rodea al pueblo al que nos acercamos con grandes precauciones. Una vez en él parecía abandonado totalmente con todas sus puertas y ventanas herméticamente cerradas y ausencia completa de personas por las calles y plazas y sin que nadie contestara a nuestros requerimientos. Me dirigí en persona a la casa de unos amigos míos, almacenistas de vinos y cereales —una viuda cuyo nombre no recuerdo y varios hijos— y después de aporrear repetidamente la puerta con las culatas de los fusiles y de vocear mi nombre y apellidos, llamándoles a ellos por el suyo se consiguió que por una ventana, cual alma en pena, apareciese la cabeza de uno de los hijos de la casa que al comprobar nuestra presencia bajó rápidamente franqueándonos las puertas y la escena de alegría y derrame de lágrimas de toda aquella familia no es para descrita. Poco a poco se fueron abriendo puertas y ventanas, y las gentes, como si saliesen de un sueño con enorme pesadilla, invadieron las calles. La pesadilla era que desde el pasado mes de febrero el pueblo sufría alta fiebre comunista. Sin embargo, ya nos hicieron presente eran muchos los vecinos huidos que habían marchado al monte, unos con armas, en particular escopetas y pistolas, y otros sin ellas. Allí nos enteramos, en el centro comunista, cómo se había preparado el atentado de la carretera del día anterior y cómo no se había consumado.

No hubo otra novedad que la captura de un prisionero herido al efectuar un reconocimiento por los alrededores del pueblo al que se le asistió en la mejor forma posible, y ni que decir tiene que todos los vecinos se desvivieron por obsequiarnos.

Se hizo otro reconocimiento por la carretera del Valle del Roncal adentrándonos hasta Salvatierra de Esca y Burgui, sin novedad, siendo recibidas las fuerzas con grandes manifestaciones de alegría. Los puestos de la Guardia Civil nos comunicaron que, en el resto de los pueblos del valle, Vidangoz, Garde, Roncal, Isaba,

Urzainqui y Ustároz, las indecisiones y pequeñas resistencias de los carabineros y algunos paisanos se habían reducido.

A la caída de la tarde emprendimos el regreso hacia Pamplona con gran disgusto y temor del vecindario de Sigüés, que temía, que al alejarnos volviesen los huidos por los montes, tomando sangrientas represalias. A fin de mantener la moral decidí quedasen unos pocos fusiles en el pueblo para el elemento civil de máxima confianza y cuatro o cinco *requetés* de los mejores y más ponderados.

Para terminar, diremos, conviene destacar la conducta del cura párroco que sin dejar de ser patriótica lo fue eminentemente cristiana, al afirmar que él que tenía ochenta años y llevaba más de cincuenta en el pueblo había visto nacer a casi todos y a todos había bautizado.

Regresamos a Pamplona sin otras novedades, y después de dar el parte correspondiente, recibí las órdenes para el siguiente día.

LEIZA-BETELU. Dichas órdenes se referían a que tomase el mando de dos pequeñas columnas que dirigidas por los comandantes de infantería Francisco Becerra y Venancio Tutor operaban por el macizo comprendido entre las carreteras que, partiendo de Lecumberri, una por Leiza y otra por Betelu vuelven a converger en Tolosa.

Al pasar por Lecumberri me encontré con mi hermana Felisa, su marido y su hija que me invitaron a unas buenas magras con tomate y unos huevos. Me vieron partir con cierta tristeza, pero con mayor alegría a pesar de alguna lagrimilla que no podían reprimir.

Los primeros encuentros tuvieron lugar con los miqueletes, poco antes de las divisorias con Guipúzcoa, ya que en los primeros momentos se habían infiltrado en Navarra para tratar de sorprender Pamplona, pero fueron fácilmente vencidas las resistencias, entregándose en su mayor parte. La mayor resistencia se encontró en el puerto de Urto.

Los aprovisionamientos de nuestras fuerzas en el monte tenían lugar desde los pueblos de Lizarra y Leiza en los que desgraciadamente se había infiltrado desde Guipúzcoa el virus separatista.

Conviene hacer constar, a fin de deshacer muchos equívocos cuando no falsedades, que entre las dos pequeñas columnas no figuraba ningún soldado de reemplazo (todas las fuerzas militares

en filas de guarnición en Pamplona habían salido con la máxima urgencia a taponar el puerto de Somosierra) eran todos voluntarios de primera hora, y en su mayor y mejor parte *requetés*, siendo muchos los que por primera vez tenían un fusil entre sus manos. Era frecuente encontrar familias enteras, padres, hijos y yernos, y algún caso de tres generaciones con exceso de espíritu, y menciono esto porque en algún caso nos fue perjudicial<sup>[8]</sup>.

Armamento, únicamente fusiles sin cuchillo bayoneta y muy dosificadas las municiones. Nada de artillería, ametralladoras, bombas de mano, etc.

La vida en el monte era la primitiva, el *vivac*, pero sin más refinamiento que algún establo de ganado lanar (con miles de millones de pulgas que hacían la vida imposible) para guardar las provisiones de boca y guerra, pues conviene no olvidar que el tiempo fue frío y lluvioso, e incluso confeccionar las comidas para no delatarnos al enemigo con el que ya habíamos establecido contacto, cuyo contacto también se estableció, no sin grandes resistencias encontradas por las fuerzas de Tutor, entre nuestras dos columnas, en cuyo momento asumí de hecho y de derecho el mando de todas las fuerzas.

El enemigo se había hecho fuerte en el pueblo de Leaburu defendiendo Tolosa, situado en magnífica posición táctica, una elevación del terreno con muy difícil acceso por nuestro frente, tanto por la fuerte pendiente de las laderas como por un foso natural que el terreno formaba. El fuego era continuo de fusilería y nuestras fuerzas aprovechaban como elemento defensivo, a modo de parapeto, los muros de mampostería en seco que dividían las heredades.

Como las posiciones enemigas de Leaburu y circundantes era muy fuertes, hubiese sido una temeridad lanzar a la gente a ataques infructuosos sin ni siquiera el cuchillo bayoneta y bombas de mano.

Conviene hacer constar que el mayor núcleo de fuerzas contrarias estaba constituido por carabineros y miqueletes todos ellos excelentes tiradores.

Por lo expuesto solicité insistente y razonadamente el envío de alguna pieza de artillería para tratar de reducir las resistencias, y un buen día me avisaron en el monte que a Lizarra habían llegado dos flamantes piezas de 105/11. Me apresuré a bajar y me encontré con dos piezas mondas y lirondas y, desde luego, sin gana-

do y escasas municiones si bien muy buenas, todas rompedoras, por ser de espoleta francesa. Por medio de carretas de bueyes y habilitando en parte camino, conseguí situarlas en nuestras posiciones del monte con lo que nuestra moral subió enormemente, y no digo nada cuando sonó el primer cañonazo y sus granadas, que fragmentaron totalmente, empezaron a causar bajas en el personal enemigo y grandes destrozos en sus defensas cuyo mayor valor residía en la dominación sobre las nuestras. Pero, la alegría duró poco en casa de los pobres, y éstos éramos nosotros, porque antes de 48 horas la artillería enemiga dio también señales de vida, pero no de 105/11 sino de 155/13 con su potente proyectil rompedor de 43 kilos y el nuestro sólo pesaba 13. Las fuertes explosiones de los proyectiles y sus silbidos sobre nuestras cabezas —la risa iba por barrios— sembraron un poco el desconcierto en nuestras filas, y la cosa no era para menos ya que casi todas las fuerzas, por no decir todas —en África nunca empleó estas piezas nuestro enemigo— apenas si había oído en sus respectivos pueblos disparos de escopeta y fusiles, y, desde luego, ninguno de cañón y si estos últimos se dirigían contra nosotros la novedad no podía ser más desagradable. Sin embargo, pronto me percaté que la artillería enemiga estaba falta de dirección y en cuanto fue localizada —algunas piezas en una papelera de Tolosa al resguardo y enmascaramiento de unos almacenes— empezó a ser contrabatida por nuestras dos modestas piezas, naturalmente, que, con toda precisión, porque *sabíamos tirar*. Este modesto duelo artillero duró varios días y, *desde Pamplona*, tenían empeño grande —mayor era el nuestro— en que avanzásemos, si bien es verdad nadie se tomó la menor molestia en subir a visitarnos y comprobar y estudiar la situación, en los días y días que estuvimos por aquellos andurriales pues las lluvias y nieblas ponían aquello imposible. Pertenecían, sin duda, a aquella comunidad religiosa en que era lema decir: *«ha dicho el padre prior que bajemos a la huerta y que trabajéis y que luego merendaremos juntos»*.

El día del apóstol Santiago, 25 de julio, fue un día aciago al ir conociéndose los nombres del gran número de capitales en que el Alzamiento no había triunfado y la penuria grande de nuestros medios, en particular, armamento y municiones. Se llegó a rumorrear que el general [Emilio] Mola había huido a Francia y que todo estaba perdido. La moral de las fuerzas sufrió, pero no decayó. No conviene olvidar que, si escaseaban las municiones de guerra,